

de dos piés de alto y média pulgada de espesor, hecho de barro bien modelado y pulimentado, debajo del cual se veía un denso lecho de cenizas y carbones: en la fosa había doce esqueletos humanos, de diferente tamaño y figura, y alrededor de la garganta de un niño collares de conchas, raíces y una piedra cincelada.

Lo que decimos de aquel sepulcro nos dispensará de describir otros, en gran número, obra de una raza mas inteligente é instruida que la que poblaba la América en tiempo del descubrimiento. La semejanza de tales monumentos en puntos distantes indica, si no la identidad, el parentesco de los diferentes pueblos.

El arte de construir vasos de barro, frágil en apariencia, y sin embargo destinado á durar mas que los mármoles, ha prosperado tanto en América como en Grecia é Italia, y es muy curioso comparar sus restos con los del antiguo mundo. Un vaso de barro encontrado en Nashville (*Tennessee*) á veinte piés de profundidad, es de forma redonda, con la tapa plana, redondeada hácia los bordes y coronada de una cabeza de mujer, cuyas facciones tienen algo de asiáticas, y que está cubierta con un gorro cónico, bajo el cual se ven dos grandes orejas que le llegan hasta la barba. Se ha sacado en el mismo sitio, de un túmulo, una figura de hombre de hermosa arcilla mezclada con yeso, sin brazos, mutiladas la nariz y la barba, la cabeza cubierta por una redecilla y una esfera, y los cabellos trenzados. Se han descubierto en las trincheras medallas de colores, que figuran el sol con sus rayos, pequeños ídolos de diferentes figuras, urnas funerarias, algunas de forma graciosa. En las salinas del Oeste se encuentran obras de barro de gran dimension, y el vaso mayor, desenterrado en Lancáster, tiene diez y ocho piés de alto y seis de ancho, con efigies delicadamente modeladas. El vaso llamado *Triune*, que se encontró á orillas del Cumberland, es aun mas extraño; está formado de tres cabezas unidas por la parte posterior hácia el vértice, por una especie de cuello de garrafa, que representa dos jóvenes y un anciano, pintados de rojo y amarillo muy vivo, con gruesos labios, pómulos salientes, el cráneo en punta y sin barba.

Las mujeres americanas no cedían en elegancia á las egipcias. Dos cadáveres de diferente sexo, perfectamente conservados, se han encontrado en un subterráneo del condado de Warren en el Tennessee, sentados en cestas de juncos, con las caderas desencajadas y las piernas levantadas contra el cuerpo: estaban envueltos en pieles de gamo preparadas, y en un traje de tejido ordinario, hecho de fibras de ortiga y bordado de plumas de ave. Tenían además otra envoltura de pieles no preparadas y encima de esta un manto exterior de la misma tela, pero sin adornos; la mujer mostraba en la mano un abanico de plumas de pavo, que podía cerrarse y abrirse. En un sepulcro de Méjico, se halló,

en 1576, tanto oro, que la quinta parte, correspondiente al fisco, subió á nueve mil trescientas sesenta y dos onzas.

El cincelado había hecho también progresos, y los collares de hueso y de concha existen en gran número. Las armas y los utensilios son por lo comun de piedras muy duras; otras sirven de adornos á los cadáveres, cortadas con finura. Se encontró en Natchez un ídolo de piedra que tenía la forma humana; en Cincinnati, la cabeza y el pico de un ave de rapiña esculpidos; en Colombo, en el Ohio, un buho; á orillas del Misisipí, cerca de San Luis, una piedra calcárea que presenta la señal de dos piés, donde cada músculo resalta con una delicada precision. En la confluencia del Elk con el Kanhawa se eleva un macizo de doce piés sobre nueve, donde están figuradas una tortuga, un águila con las alas desplegadas, un niño y otros objetos no del todo groseros. En el Massachussets fué descubierto el Writing-rock, inscripción grabada en una roca, que los sabios de Europa han intentado en vano descifrar, aunque se inclinan á atribuirlo á los Fenicios. La sociedad real de arqueología septentrional de Copenhague, en su sesión del 10 de febrero de 1843, refería los recientes descubrimientos de una piedra que tenía veinticuatro caracteres rúnicos en el valle del Ohio, de tenacillas de plata maciza, semejantes á las de bronce que abundan en los túmulos escandinavos, y de tres vasos peruanos, idénticos á los etruscos.

Las obras de metal, aunque mas escasas, no faltaban del todo. En Marietta, en el Ohio, se encontró en una pared una taza de plata maciza con la figura de un cono inverso, enteramente dorada y de forma muy sencilla, como las de barro. Los Peruanos sabían dar consistencia al cobre, por medio de un procedimiento perdido en el día, lo cual les permitía hacer instrumentos propios para trabajar los vasos, muebles y alhajas; pero es preciso convenir en que aquel metal era poco abundante, ó difícil de preparar; pues son raros los objetos de cobre que allí se encuentran. Sin embargo, con él debía suplirse la falta del hierro.

Mientras que Grecia y Roma se fatigaban á fin de encontrar el papiro, siempre escasisimo en aquellas dos naciones, los Toltecas y los Aztecas usaban generalmente el de maguey, que les servía para sus dibujos y jeroglíficos. Los libros mejicanos, escritos sobre piel y doblados poco mas ó menos como nuestros abanicos, contenían anales, procesos, representaciones astronómicas y cosmogónicas, ceremonias rituales, documentos relativos al catastro y á los tributos, cuadros genealógicos; así es que ningun pueblo del mundo antiguo hizo tanto uso de la pintura. Las figuras están dibujadas muy incorrectamente, pero sus colores son vivísimos, permanentes, y hay mucho esmero en los pormenores. Ningun pueblo de América conocía, sin embargo, la escritura alfabética, ni siquiera los caracteres silábicos, al paso que el viejo continente ofrece

Libros.

tan grande variedad de ellos. Las pretendidas inscripciones antiguas son, según el parecer de Humboldt, caprichos naturales; de consiguiente, debemos creer que el alfabeto era ignorado de los primeros pobladores ó que lo habían olvidado. Impropiamente, pues, se llama jeroglífico á toda representación de un acontecimiento; y las escrituras mejicanas que han llegado á nosotros son dibujos que es preciso interpretar como la columna Trajana, mas bien que como los obeliscos.

Los Aztecas tenían jeroglíficos simples para indicar el agua, la tierra, el aire, el viento, el día, la noche, la média noche, la palabra, el movimiento; otros para expresar los números, los días, los meses del año solar; y estos signos, unidos á la pintura de un acontecimiento, denotaban de una manera muy ingeniosa si la acción pasaba de día ó de noche, cuál era la edad de las personas, si habían hablado, y cuál de ellas había hablado mas. Entre los Mejicanos se encuentran además vestigios de jeroglíficos fonéticos, esto es, que indican, no las cosas, sino la palabra. En los pueblos semibárbaros los nombres de los individuos y los de las ciudades y montañas aluden generalmente á objetos que hieren los sentidos; por ejemplo, la forma de las plantas y de los animales, el fuego, el aire ó la tierra; y los Aztecas tomaron de aquí el modo de escribir los nombres de las ciudades y de sus soberanos. La traducción verbal de *Axayacatl* es *rostro de agua*, la de *Ilhuicamina* *flecha que hiere el cielo*. Ahora bien, para representar á los reyes Motezuma Axayacatl é Ilhuicamina, el pintor reunía los jeroglíficos del agua y del cielo ó la figura de una cabeza y de una flecha: los nombres de las ciudades Macuixachtli, Guauhtinca y Tehuiloacan significan *cinco flores*, *casa del águila*, y *lugar de los espejos*: así, para indicar estas tres ciudades, se pintaba una flor colocada sobre cinco puntos, una casa de donde salía la cabeza de un águila y un espejo de obsidiana. De esta suerte la reunion de varios jeroglíficos simples indicaba los nombres compuestos mediante signos que hablaban al mismo tiempo á la vista y al oído; con frecuencia los caracteres para indicar las ciudades y las provincias se tomaban del territorio ó de la industria de los habitantes.

Humboldt, de quien tomamos estas reflexiones, considera aquellos manuscritos como pinturas de un género mixto, que habían llegado á gran perfeccion en tiempo de Motezuma. Los tomos que los primeros misioneros de Nueva España llamaban impropiamente libros mejicanos, contenían nociones de objetos muy variados, por ejemplo: anales históricos del imperio mejicano, rituales con el mes y el día en que se debía sacrificar á tal ó cual divinidad, representaciones cosmográficas y astrológicas, fragmentos de procesos, documentos relativos al catastro ó á la division de las propiedades en un Común, catálogos de tributos pagaderos en este ó en aquel tiempo, cuadros genealógicos

por los cuales se regían las herencias y el orden de sucesion, calendarios que mostraban las intercalaciones de los años civil y religioso; en fin, pinturas que recordaban las penas con que los jueces debían castigar los delitos.

« Mis viajes á las diferentes partes de la América y de la Europa (dice Humboldt) me proporcionaron la ventaja de examinar mas manuscritos mejicanos que Zöega, Clavigero, Gama, Hervas, Carli, ingenioso autor de las *Cartas americanas*, y otros sabios que han escrito despues de Boturini acerca de los monumentos de la antigua cultura de la América. En la preciosa colección que existe en el palacio del virey en Méjico, vi fragmentos de pintura relativos á cada uno de los objetos enumerados. La afinidad entre los manuscritos mejicanos conservados en Velletri, Roma, Bolonia, Viena y Méjico es tal, que á primera vista se les creería copias unos de otros: cada cual muestra extremada correccion en los contornos, minucioso cuidado en las partes, gran viveza en los colores, dispuestos de manera que producen contrastes marcados; las figuras tienen generalmente el cuerpo apelmazado, como las de los bajos relieves etruscos; en cuanto á la exactitud del dibujo, ceden á las peores pinturas de los Indios, Tibetinos, Chinos y Japoneses. En las pinturas mejicanas distinguí cabezas de un tamaño enorme, cuerpos excesivamente cortos, piés con dedos semejantes á garras de aves, y cabezas constantemente de perfil y con el ojo colocado como si mirase de frente. Todo esto demuestra la infancia del arte; pero no debe olvidarse que unos pueblos que expresan sus ideas con pinturas, y se ven obligados por su estado social á hacer uso á menudo de la escritura jeroglífica mixta, dan tan poca importancia á pintar correctamente, como los sabios de Europa á tener buena letra.

» Antes de la introduccion de la pintura jeroglífica en 648, los pueblos de Anahuac se servían de los nudos é hilos de varios colores que los Peruanos llaman *quippu*, y que se encuentran no solo entre los salvajes del Canadá, sino también entre los antiguos Chinos (1). Boturini tuvo la fortuna de proporcionarse verdaderos quippus mejicanos, ó bien *nepohualtzitzin*, encontrados en las regiones de los Tlascaltecas. En las grandes emigraciones de los pueblos, los de América se trasladaron del Norte al Sur, como los Iberos, los Celtas; los Pelasgos refluyeron del Este al Oeste. Quizá los antiguos habitantes del Perú pasaron en otro tiempo por la llanura de Méjico: en efecto, Ulloa, que se había familiarizado con la arquitectura peruana, quedó asombrado de la gran semejanza que presentaban, en la distribucion de las puertas y de los nichos, algunos edificios de la Luisiana Occidental, con los *tambos* construidos por los In-

(1) LAFITAU, *Mœurs des sauvages*, t. I, pág. 233 y 508; *Hist. générale des voyages*, t. I, lib. X, cap. 3; MARTINI, *Storia della Cina*, pág. 21; BOTURINI, *Nueva historia de la América Septentrional*, p. 85.

cas; y no es ménos digno de notarse que, segun las tradiciones recogidas en Lican, antigua capital del reino de Quito, los quippus eran conocidos de los Puruais mucho ántes que los descendientes de Manco Capac fuesen avasallados (1).»

La prueba de que Méjico y el Perú eran los dos centros de la civilizaci6n, resulta ademas del cultivo del maíz, que parece haberse extendido de allí á las dos Américas. En el Massachusetts la tradici6n lo hace proceder del Sudoeste; en Nueva York pasa por un regalo de los Indios del Sur, que lo recibieron de naciones mas meridionales; en la América del Sur, al contrario, la procedencia está indicada en sentido opuesto.

Sin volver á hablar de los tres pueblos cultos, notarémos que los Europeos encontraron alguna forma de gobierno regular entre los Náchez de la Luisiana, en ciertas confederaciones de tribus al Norte y en el centro de los Estados Unidos actuales, como tambien entre los Araucanos. Una tribu de Gaspesianos, de la costa oriental del Canadá, distinguía las direcciones de los vientos, designaba por su nombre algunas estrellas, describía en mapas su país y adoraba la cruz. Los Indios de los alrededores de Santa Bárbara en la California, en medio de pueblos feroces y estúpidos, sabían construir habitaciones seguras y hermosos sepulcros con pinturas históricas; no se casaban mas que con una mujer y la respetaban. El resto estaba sumergido en la barbarie, aunque es cierto que las poblaciones se habían mezclado, y al lado de los antiguos habitantes de Haití desplegaban su furor los indómitos caribes; los Brasileños reunían el vigor del cuerpo á la viveza del ingenio; y el istmo de Darien alimentaba razas robustas que quizá habrían ido allí de lejos.

Costum-
bres. Robertson hizo una descripci6n, algunas veces pintoresca, pero enteramente sistemática, de las costumbres de los Americanos, para trazar, como era moda en su tiempo, un cuadro ideal de la barbarie. Así, al leerle, se figura uno que todo aquel hemisferio poseía el mismo grado de civilizaci6n; fuera de que tanto para él como para Paw y Raynal, todo lo que no se asemeja á la cultura clásica es barbarie. Al contrario, la civilizaci6n era variadísima, tanto que La Condamine decía que «para dar una idea exacta de las costumbres de los Americanos, convendría hacer tantas descripciones como naciones había entre ellos.» Los detractores de la civilizaci6n y de la sociedad, que en el siglo pasado se empeñaban en pintarnos como envidiable la condici6n de los Bárbaros, debieran colocarse entre los novelistas y los utopistas, si hubiesen hablado de buena fe. El sabio naturalista Lamanon decía á La Perouse, con quien había arribado á la isla Samoa: *Los Indios valen mil veces mas que nosotros.* Al día siguiente

(1) Véase á Humboldt, *Vues des Cordillères*, donde se encontrará un catálogo de los manuscritos americanos que existen en Europa (0).

aquellos Indios le asesinaron, y La Perouse escribió: «Los filósofos que ensalzan hasta las nubes á los salvajes me irritan mas que los mismos salvajes.»

Es de advertir que el salvaje y el Bárbaro difieren entre sí por sus cualidades específicas; de suerte que incurrieron en un grande error los que para trazar el cuadro de la vida de los pueblos no civilizados, mezclaron á los Germanos de Tácito con los Indios de los primeros conquistadores. Poblaciones enteras, como los Esquimales, los Groenlandeses, los Samoyedos y los hotentotes no podrán nunca, al parecer, elevarse al nivel de otras que llamamos tambien bárbaras, por ejemplo, los Tártaros, los Mogoles y los Beduinos. No se verificará una conquista en sus países, por faltar el estímulo y la recompensa; pudiendo decirse que el equilibrio de sus facultades se ha alterado hasta el punto de no ser posible á los hombres restablecerlo. Colocados á las extremidades del globo, en climas donde la naturaleza derrama la vida con mano avara ó con tal superabundancia que se destruye á sí misma, dotados de un aspecto deforme, preponderando en ellos la masa carnosa sobre el sistema nervioso, la facultad pensadora se siente enervada por la rudeza de los órganos materiales, y apenas un pálido reflejo de la luz divina los distingue de los brutos. Una inclinaci6n invencible á la inercia entorpece sus facultades y los encadena al suelo natal, de manera que para ellos es un suplicio el arrebatarlos de él; y hasta los mismos á quienes la necesidad obliga á entregarse á la caza y á la pesca, recaen, cuando concluye la estaci6n, en la pereza y en el terror que les inspiran las fuerzas sobrehumanas, la cual los induce á considerar poblada toda la creaci6n de poderes maléficos y espantosos. El jefe á quien miran como descendiente de una raza divina, obtendrá de ellos una obediencia absoluta é irracional, y abusarán de las bebidas espirituosas, que les hacen disfrutar las delicias de una vida exaltada, hasta el punto de abreviar sus días. Robustos é intrépidos, por lo mismo que no conocen el peligro, se lanzan con furor contra todo el que miran como su adversario, y á sus ojos la fuerza es la única virtud, la guerra el único derecho.

Tal era el estado en que se encontraban muchas tribus americanas; otras, por el contrario, se mostraban apasionadas, valerosas, capaces de soportar el dolor, y daban señales evidentes de generosidad y de vigor de alma; lo cual no debe considerarse como una excepci6n del anterior asunto, pues que procedían de naciones no salvajes, esparcidas en otro tiempo en aquel continente, y reducidas luego por el largo aislamiento á una degradaci6n, que es el punto medio entre el estado salvaje y la barbarie.

La idea de la Divinidad existía casi en todas partes, mas ó ménos material; en unas sin apariencia de culto, y en otras abrumada por la magia y rodeada de terribles supersticiones.



IMP. S. FACON.

JEFE INDIO ARMADO EN GUERRA.

Conservando algunas poblaciones el recuerdo de un ser regulador de la naturaleza, que premia y castiga, le tributaban un culto sencillo, reverenciándole ora en el sol, ora en otra estrella cualquiera, ora en algun objeto raro y curioso, ora bajo formas extrañas. Aplacaban con sacrificios y amuletos á la iracunda divinidad y proveían á los muertos, para la otra vida, de manjares, vestidos y armas, como tambien de servidores y mujeres que se degollaban sobre sus sepulcros. Algunas naciones tenian idea de una trinidad; otras de los dos principios del bien y del mal; los Araucanos, los Nátchez y los Cactos propendian al sabeísmo; en el Alto Orinoco, Cachimana producía el bien y Jolikiano el mal, no siendo venerados ambos sino en las fuerzas de la naturaleza: y nadie era iniciado en sus ritos hasta pasar por pruebas extremadamente penosas. Los salvajes de la América del Norte elegian cada uno su *manitu*, que era ya un animal, ya un árbol, ya una piedra, adorándole mientras le creían favorable. En los ritos de algunos pueblos del Paraguay, se arrancaban los unos á los otros pedazos de carne que atravesaban con espinas de peces ó astillas de madera, y continuaban atormentándose de este modo todo el dia. Los Minetarios de las orillas del Misuri se mutilaban á sí mismos en la fiesta de julio, ó rogaban á los sacerdotes que les arrancasen trozos de carne, ó que les cortasen en tiras la piel de la espalda. Solian tambien traspasarse los hombros y pasar por los agujeros correas, que llevaban luego arrastrando; otras veces se clavaban flechas en las partes mas musculosas.

Algunos pueblos estaban gobernados por reyes; pero el mayor número obedecía á jefes de tribus, que dejaban subsistir la libertad. En la isla Española el cacique trasmitía su categoría á los hijos; lo mismo acontecia en la Florida, donde los jefes se distinguian con adornos particulares. Entre los Nátchez, á orillas del Misisipi, existía en algunas familias una especie de nobleza hereditaria. En Bogotá, país agrícola, el príncipe gozaba de una autoridad plena, y tenia séquito real, jerarquía, ministros, gabelas, dones y homenajes de súbditos trémulos. Además, siempre la autoridad soberana se apoyaba en ideas religiosas, ora considerando á los príncipes como hijos del Sol, ora educándolos en el templo, ora creyéndolos en relacion con la Divinidad. En donde quiera que el gobierno estaba constituido sólidamente, se le veía acompañado de la servidumbre, que dejaba al jefe árbitro hasta de la vida de sus vasallos.

Los ancianos eran venerados, y la experiencia que les ayudaba á prever los acontecimientos y á curar las enfermedades, parecia tener algo de divina. Mezclóse con esto fácilmente la opinion de una comunicacion con las potestades superiores, y de ahí provino la creencia general en encantamientos y hechicerías.

En todas partes la mujer era esclava, considerándose como una propiedad, y obligándola

á penosos trabajos, como es preciso suceda en el estado salvaje, en que el hombre dedica todo su tiempo á cazar, pescar ó defenderse. Generalmente los Americanos no tenian mas que una mujer, y pasaban por frios; hasta se encontró en algunos puntos establecida la poliantria, y en ciertas tribus de Avanes y de Maigueros muchos hermanos estaban casados con una sola mujer, como en el Tibet y en Ceilan. Siendo peculiar de la América la facilidad de los partos, casi todas las mujeres, apenas habian dado á luz al niño, le llevaban al rio para lavarle y lavarse tambien ellas, y en seguida emprendian de nuevo sus faenas acostumbradas. Las mujeres de los Chirifiaños de la provincia de Santa Cruz de la Sierra, despues de parir y de lavarse en el rio, volvian á la cabaña y se echaban sobre un monton de arena, mientras que el marido se metía en la cama, guardaba dieta y recibía las visitas (1). La costumbre de excitar los abortos, de exponer ó de enterrar á los niños, era comun á muchas naciones.

Aquella raza carecia de barba y de pelos, pero no tan generalmente como se cree: los Aztecas de Méjico se dejaban crecer el bigote, y además todos los Americanos llevaban la cabellera larga. Los hombres iban desnudos, y asimismo las mujeres, cubriéndose cuando mas las caderas con plumas de varios colores y pequeños delantales artísticamente tejidos. Tambien acostumbraban á usar el tatuaje, trazando en la piel figuras de diferentes colores, y agujerearse las carnes. La primera de estas dos operaciones producía un prolongado tormento, y no bastando á algunos el dibujo, obtenian el relieve: el gusto de los adornos era mas vivo que en las naciones civilizadas, pues que para satisfacerlo se resignaban á padecimientos de tanta duracion. Se agujereaban asimismo las orejas, estirándose los lóbulos hasta el punto de poder introducir en ellos un disco ó una clavija; los habia que ejecutaban la misma operacion en las narices y en el labio inferior, que algunas veces encerraba un disco de marfil ó de madera, del tamaño de un escudo. Las mujeres se oprimian las piernas por encima del tobillo, de modo que las pantorillas adquirian una gordura disforme. Pasamos en silencio otros medios de parecer bien, aun mas extravagantes, y el uso de untarse ó barnizarse asquerosamente todo el cuerpo ó solo los cabellos; sin embargo, trasladaremos aquí las palabras que dijo á Stedman un Indio jóven de Cayena, al observar que se reía de verle tan untado y grasiento: « Este uso, además de hermosear el cuerpo, suaviza la piel, disminuye la tras-

(1) Esta costumbre tan extraña se halla muy extendida en el mundo. El misionero Zucchelli la halló muy establecida en el Congo, y otros en el Bearn, en la Tartaria, en la India, en gran parte de la América. (Piso, de *India, utriusque re naturali*, lib. I, página 14.) Los antiguos la encontraron entre los Cántabros (ESTRAB., *Geogr.* III, 250), entre los Corsos (DION. SICUL. VI), entre los pueblos del Euxino (APOLL. ROD. II, v. 1013).